

CAPÍTULO 26

LA lluvia barrió el valle a fondo. A las pocas horas, los riachuelos descendían bulliciosos por las laderas de las montañas cayendo al río de Nuestra Señora. La tierra se tornó negra y bebió el agua hasta que ya no le cabía una gota más. El mismo río se revolvía contra las rocas y corría por llegar al desfiladero de las montañas.

El padre Angelo se encontraba en su casita, sentado entre los libros de pergamino y las imágenes sagradas, cuando comenzó la lluvia. Leía *La Vida de san Bartolomeo*. Al comenzar el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, dejó el libro. Durante horas escuchó el rugido del agua por todo el valle y el griterío del río. Una y otra vez se dirigía a la puerta y miraba fuera. La primera noche permaneció despierto, escuchando gozoso el tumulto de la lluvia. Y se sentía feliz al recordar lo mucho que la había pedido en sus oraciones.

Al atardecer del segundo día, la tormenta persistía con la misma intensidad. El padre Angelo entró en su iglesia y cambió las velas que había ante la imagen de la Virgen y rezó sus devociones. Después se quedó a oscuras en la puerta de la iglesia y miró la tierra empapada. Vio a Manuel Gómez pasar rápidamente llevando una piel de coyote mojada. Poco después, apareció corriendo José Álvarez, llevando unos cuernos de ciervo en las manos. El padre Angelo se ocultó en la sombra de la puerta. La señora Gutiérrez salpicaba al pisar los charcos, llevando en los brazos una piel de oso, vieja y carcomida por las polillas. El sacerdote sabía muy bien qué iba a ocurrir esa noche lluviosa. Se encendió de ira. «Que empiecen, ya los detendré yo», se dijo.

Volvió a entrar en la iglesia y sacó un crucifijo muy pesado de un armario y se lo llevó a su casa. Una vez que se hallaba en su cuarto de estar, dio una capa de fósforo al crucifijo para que fuera visible en la oscuridad. Después se sentó para escuchar los sonidos esperados. Era difícil oírlos con el chapoteo y los cañonazos de la lluvia, pero al final los distinguió: el latido de las cuerdas bajas de las guitarras, percutiendo una y otra vez. El padre Angelo permaneció sentado, escuchando y le sobrevino una extraña desgana de interferir. Un canto bajo de muchas voces se agregó al ritmo de las cuerdas, subiendo y bajando. El sacerdote los veía en su imaginación bailando, chapoteando en la tierra blanda con sus pies descalzos. Sabía que llevarían puestas pieles de animales, aunque ni ellos mismos sabían por qué razón las llevaban. El ritmo machacón se hizo más fuerte y más insistente, y las voces derivaron en chillidos histéricos. «Ahora se estarán quitando la ropa», dijo en un susurro el sacerdote, «y se revolcarán en el barro. Estarán refocilándose como cerdos en el barro».

Se puso una capa gruesa, cogió el crucifijo y abrió la puerta. La lluvia rugía en la tierra y, en la lejanía, el río chocaba contra las piedras. Las guitarras rasgueaban febrilmente y el canto era el gruñido de bestias. El padre Angelo creyó oír el chapoteo de los cuerpos sobre el barro.

Lentamente, cerró la puerta, se quitó la capa y soltó su crucifijo fluorescente. «No podría verlos en la oscuridad», se dijo. «Huirían todos en la oscuridad». Después se confesó a sí mismo: «Deseaban tanto la lluvia, ipobrecillos! En la homilía del domingo los reprenderé. Impondré penitencias a todos».

Volvió a sentarse en su silla y escuchó el torrente de las aguas. Pensó en Joseph Wayne y recordó la expresión de sufrimiento de sus ojos claros por la necesidad de la tierra. «Ese hombre se sentirá feliz ahora», se dijo el padre Angelo.

FIN